V

Y venía, en efecto, el señorito, un poco airado, con ese gesto de quien se cree obligado á reñir, pero no sabe de puro contento que está. Pedro, pues, se encaró con Sinda, accionando y hablando como un cómico malo.

—¿No te decía yo que siempre ha de haber alguna falta? Una de las puertas del armario de la señorita no cierra bien: la que tiene espejo. En cuanto uno la toca, se pone á chillar como si mataran á su padre.

A lo que contestó Sinda:

-- Ello, chillar tóas chillan.

—Pues yo no quiero que ésta lo haga, ea, porque eso es muy feo. Así es que enseguida vas á engrasar las visagras.

—Ahora mismo—dijo la sirviente avanzando hacia la puerta.

—No; espera un poco, mientras despacho con éste—replicó el amo.

Y, volviéndose hacia Hilario, iba á hablarle, cuando, adelantándose éste respetuosamente, dijo á su señor estas razones:

—Yo entraba á enterar al señor de una cosa, pero me ha dicho ésta que preguntaba el señor por mí; conque me dije entonces, digo: «Pues quiere decirse que primero es en mí oir que hablar».

—Vamos á ver—preguntó Pedro.—¿Sabes ya que espero á las señoras de Cádiz?

—Sabedor soy por ésta.

—Bueno, pues... Hombre, ya podías haber dejado abajo la azada.

—También es verdá.

Salió al pasillo el pobre Hilario y dejó la azada tras de la misma puerta de la estancia.

—Un día—siguió Pedro vais á meteros aquí con el carro. La culpa la tengo yo, ya lo sé. . Hay que tener más cuidado en adelante. Y otras formas. ¿Qué dirá la señorita Mercedes, hombre, ella que es la esencia de lo...

—Ah, por esa no me da á mí cuidao, que bien parcial es.

—¿Que si lo es?—asintió Sinda.

—Justo,—repuso Pedro, fingiéndose más enojado de lo que estaba—y por que ella sea parcial, vamos nosotros á ser groseros.

Luego, cambiando de tono, añadió:

—Tienes que hacer dos ramos de flores, lo mejor que sepas... Sobre todo el uno: que tenga muchas rosas de aquellas blancas de abajo. ¿No sabes?

—Vamos, de las que están á esta mano conforme vá uno pá la puerta verde.

—¡Ay, sí! ¡De esas!—interrumpió Sinda. La señorita se perece por ellas.

—¿Onde se van á poner los ramos?

Dígolo pá saber el tamaño.

—En ninguna parte.

—¡Cóila!

—Esos los llevaré yo para dárselos en la estación.

—¿Y las señoras van á venir cargáas con ellos hasta casa? No, señorito: eso no lo consentirá nunca Hilario Crespo.

Mientras Pedro soltaba el trapo á reir, metió Sinda la cucharada diciendo:

—No seas bruto: si eso de darlas el ramo es á modo de un osequio.

—Ah, bueno... Pero eso, con perdón del señorito, no es ser bruto, sino inorante de los usos de fuera.

—Tienes razón, hombre... Otra cosa. ¿Tú sabes dónde para el armazón de aquel arco que pusimos el año pasado á la entrada de la huerta?

—En el desván le ví este día pasao.

—Pues hay que bajarle; pero le vamos á vestir de otra manera: ya verás lo que se me ha ocurrido.

—Entonces quiere decirse que no hago nada en él mientras no baje el señorito.

—Eso es.

—¿Tié el señorito alguna otra cosa que mandarme?

—Seguramente, aunque por ahora no se me ocurre más... Ah, sí. Dime: el *Morito* estará hecho una fiera ¿eh?

—Viciosón andará, porque como el señor no deja que nadie le monte...

—Nadie: es sólo para la señorita. ¿Le montó ella una vez? Pues ya es suyo.

—Siempre tendremos un disgusto si no se le castiga antes una miaja.

—Le daré yo una vuelta esta tarde... Bueno, ya puedes irte.

Hilario no se fué, sino que, haciendo girar el sombrerón entre las manos, dijo:

—Yo venía antes á decir al señor...

—Ah, es verdad. ¿Qué tenías que decirme?

—¡Que esto no se pué aguantar, señorito! Otra vez han estao ahí los del Molino, sobre dos gallinas que dicen que les mató usté ayer con el *otromóvil*.

—¿Con cuál otro?

—Bueno, como se diga. A este paso le va á salir más caro el chisme ese... ¡Embusteros! Pues ni que fuera el señorito montao en una garduña.

—¿Ayer?—dijo Pedro como haciendo memoria.—Eso no debe ser cierto.

—¿Qué cóila ha de ser cierto?

—En fin, págaselas: hoy no se riñe aquí con nadie.

—No las pague, señorito. ¡Cóila, que es un abuso!

—Pues haz lo que quieras. Lo que importa es que pongas muchas rosas de las de abajo en el ramo.

—Descuide usted —contestó el mayordomo dirigiéndose hacía la puerta.

Y por lo bajo iba diciendo:

—¡Como no pague yo! ¡A robar á Sierra Morena!... ¡Pillos!...

Y cuando, separando un poco la hoja de la puerta, recobró su azada, blandióla en el aire en ademán de querer sallarle á alguno los sesos.

VI

Pedro hizo de aquella actitud de Hilario el mismo caso que de todo lo demás que no tuviera que ver con el recibimiento y hospedaje de las viajeras, y siguió desarrollando, á solas con Sinda, el enredado plan de sus preparativos.

—A tí, Sinda, te encargo que cuides mucho de la cocina. Por Dios, no me dejes á la Ritona de la mano. No es porque ella la tenga del todo mala; pero necesita dirección, bien lo sabes... Ya se ve: como para mí nunca ha habido asado duro ni salsa mal batida... Pero las circunstancias son ahora muy distintas, y en lo que se ha de conocer la buena casa es en la mesa; no en su lujo precisamente, porque un lindo mue-

ble, un servicio costoso, los puede tener cualquier rico: solamente el señor es quien tiene un plato bien sazonado.

—Tocante á eso, señorito, la casa de los Rudagüeras nunca tuvo que cubiciar lo de nadie. En tiempo del difunto su abuelo...

Pedro, que vió venírsele encima todo un capítulo de historia doméstica, se puso á cubierto con estas palabras:

—Bien, bien; cierra la Crónica, que ahora no hay tiempo de leerla... Es preciso hacer memoria de cuáles eran los platos que *ella* prefería... Quiero decir que preferían las señoras. La *Golondrina* come poco, pero á tiempo; esto es, en su sazón. ¿Qué piensas preparar para el viernes, por si acaso llegan? Vamos á ver... Ah, lo que no has de olvidar es el pastel de maiz; le elogió mucho el último día.

—Sí, ya me acuerdo. Pues se puede poner... Los cocidos no se quitan ¿verdad?

—No, señor: la tierra debe recibir á las gentes con su estilo propio. Pero el cocido será en nuestras comidas de ahora una merá fórmula; es la tradición, que se presenta á saludar á las forasteras, y enseguida se retira por el foro... Me parece que esto de la tradición no lo has entendido muy bien. Adelante.

—Podemos poner... Mire que lástima: hoy había buenas truchas. Si me las volvieran á traer el jueves...

—Encárgalas hoy mismo.

—Pues si las hay, las podíamos poner con aquella salsa que nos enseñó el señor de Gomar... ¿no se acuerda?... cuando vino aquí á sacar aquella vista.

—Hombre, sí. ¡Qué rica estaba! Las dos cosas: *la vista*, como tú dices, y la salsa... ¿Os acordáis bien de la receta?

—Creo que sí. No viene á ser más que una *bayonesa*.

—Mayonesa se dice, abuela.

—Sólo que verde—siguió la vieja, sin parar mientes en la lección filológica—porque se le añade el jugo de unas herbas.

—Sí, y ¿dónde están las *herbas?*

—Las tengo yo guardadas. ¿No ve que por aquí no las hay frescas de esas? Son cosas que sólo tienen los franchutes. Pero las hay de conserva, y toavía ha de quedar una lata.

—Me parece bien la idea.

—Pá detrás... ¿Qué le parece pá detrás un pato á la florentina?

—Pero, mujer, tú estás loca. ¡Dos salsas en una comida!... Mira, Sinda, tú eres la flor de las amas de llaves, el cogollito; pero no sientes la cocina. Nada, está visto que no la sientes.

—Señorito, pues yo creo...

—Lo mejor será que por hoy le perdones la vida al pato, y nos pongas un rosbif en aquel punto que tú sabes. Ahí tienes, lo

mismo digo una cosa que otra: en eso del rosbif no hay quien te ponga el pie delante.

—Tal maestro tuve.

—Pero nos le has de hacer tú, no Ritona.

—Usté no cavile en nada, señorito, que tóo estará como deba estar.

A este punto llegaba el diálogo, cuando se coló en la habitación una linda chicuela, trayendo abrazado un montón de sábanas, cuidadosamente dobladas y dispuestas como para su colocación en un armario, la cual, encarándose con Pedro, le preguntó de golpe y muy alegre:

—Señorito, es verdad lo que dicen abajo?

—¿Qué dicen abajo?

—Que viene ya la señorita *Golondrina.*

—¡Rosuca!—exclamó indignada Sinda. —¡Habráse visto la mocosa! ¿Qué libertades son esas?

—Bueno, la señorita Mercedes. ¡Jesús, hija, siempre ha de estar usté rutando!

—Sí, Rosuca—contestó Pedro riendo:—es cierto.

La chiquilla, oída la respuesta, siguió su camino hacia el armario, saltando de gozo y diciendo en voz alta:

—¡Ay, qué gusto! ¡Que sí viene! Que si que viene!

Y de puro gusto dejó caer del montón la

sábana que le coronaba, y que se desplegó por el aire en una larga tira.

—Ya tiró una sábana—dijo Sinda, recogiendo la pieza y echando tras de Rosuca. —Es que... vamos... en diciendo que va á ver á la señorita... ¡Espera, torbellino! Recoge esto...

VII

Una hermana, la única, que tuvo Hilario, enviudó muy pronto, y no tardó la pobre en ir á buscar á su esposo, no sé si de enamorada ó de enferma.

De éstos nació Rosuca, que completaba —con la cocinera Ritona, el ama Sinda y aquella especie de Proteo doméstico llamado Hilario, tío y amparador de la chicuela —la servidumbre de la casa.

El mismo demonio era aquella Rosuca. Por parecérsele en todo, hasta tenía cara de ángel... Pero no; no era el demonio la pobre, porque lo que hacía eran, á todo tirar, unas angelicales diabluras. Puede que, detenidamente examinadas, ni tales diabluras fueran, porque este juicio, si se ha de hablar

con verdad, está hecho á la luz del criterio de Sinda, y para Sinda era imperdonable delito el de romper con cantos y risas la augusta seriedad en que se envolvía, como en una tela vieja, la casa en que servían.

Ni se adivinaba, viendo á la chiquilla, que fuera capaz de aquel desenfado de que siempre la andaba acusando la vieja. Era Rosuca, cuyos años no pasarían de diecisiete, una hermosura genuinamente montañesa, de rostro soñador y pensativo, casi triste; tez pálida, no con palidez de enferma, sino de musa; ojos claros, entre azules y garzos en que parecía ponerse el sol de una tarde de otoño; la nariz perfecta; la boca un poco grande, algo desdeñosa, roja y fresca como el corte de una granada. Una madeja hermosa de pelo rubio, con mechones dorados hacia las sienes, coronaba aquella gentil cabecita, modelo de gracia melancólica. Había una castidad como de diosa en todo su cuerpo, de líneas poco acentuadas, y sobre el que se plegaban los paños con severidad de escultura, sin desparramarse nunca ni volandear con dejo liviano. Andaba la montañesilla con pasos que parecían no pesar sobre la tierra, y hasta cuando corría ó saltaba, que no era en raras ocasiones, jamás se descomponía el ritmo de aquella figura, en la que eran armónicos todos los movimientos.

Un poeta que la hubiera visto, al acabar

del día, cruzar lenta el bosque, derecha sin rigidez, algo echados atrás el busto y la soberana cabeza, como aspirando el indefinible aroma de los troncos, recibiendo, como reina, el homenaje de las hojas caídas á su paso para alfombrarla el camino; un poeta que así la hubiese visto, mientras se enrojecía el cielo y los montes se volvían intensamente azules, no hubiera olvidado jamás aquella aparición, que parecía la del alma del paisaje montañés. Y acaso se enamorara de ella con más humana pasión que la de la visión artística.

En cambio los mozos del pueblo gustaban poco de la interesante niña. Querían ellos la belleza femenina traducida á un idioma más claro, al de los carrillos rojos aunque tuvieran pecas, al de los brazones amorcillados y las caderas de púlpito.

Parecerá mentira, pero es muy cierto que Rosuca no tenía novio, y algunos domingos ni pareja en el corro. Aquellos Chiscones y Nardazos amenazaban dejar consumirse en la soledad de la braña el aroma y fino color de aquella clavellina montañesa, para ir á coger el clavel reventón, que abundaba por allí como pan de cuco.

Esta figura de Rosuca tenía un complemento. Era un gato, como en San Roque es un perro y en Dinorah una cabra; un gatito joven, atildado y pulcro, que hasta creo que se rizaba el bigote, con la suprema ele-

gancia de posturas propia de su raza, y que, siempre junto á la niña, con su paso cauteloso y fino, ó con sus airosos y acompasados saltos, continuaba en torno de ella aquella armonía *dinámica* que en la muchacha se ha ponderado. Cuando ésta hacendoseaba por la casa, el gato iba detrás, de cuarto en cuarto, de pasillo en pasillo; tras de ella andaba á la miés, tras de ella á la fuente, y cuando, sentada sobre un tajo en la cocina ó sobre una silla en el portal, cosía Rosuca, el animal, caído á sus piés, parecía guardarla, ó bien la contemplaba como en adoración extática.

Entre el exterior de la aldeana y su espíritu había á la par gran conformidad y desemejanza grande. Su entendimiento, sus gustos y preferencias, correspondían en un todo á su finura de facciones y de cuerpo; pero Rosuca no era triste ni ensimismada, como hacían temer aquellos ojos soñadores, aquel blanco color de su cara y todo aquel recogimiento de su figura cuando estaba en reposo.

De las buenas cualidades de Rosuca todos se aprovechaban en la casa como de la alegría del sol y del beneficio de la lluvia, esto es, sin saber agradecerlo bastante, ni tratar de cultivar aquel árbol hermoso: Pedro, por distracción y exceso de vida interior; Sinda, por su nativa vulgaridad de alma, aunque era buena y fiel como ella sola;

Hilario—más despierto que ésta y más obligado al empeño por su parentesco con la muchacha—porque sin duda esperaba que partieran del señor la iniciativa y el permiso para poner á Rosuca en ocasión de educarse como pedía su buen despejo.

Solamente la *Golondrina* era capaz de estimar en todo su valor el mérito de la niña, y aún de dar la correspondiente talla á tan bello diamante.

VIII

Al quedarse solo Pedro, después que hubieron salido Rosuca y Sinda, se creyó obligado á decir un monólogo, y comenzó de esta suerte:

—«¡Ah, caserón viejo, pobre caserón, triste y solo!... Todo lo que en tí vive se alegra al solo anuncio de que *ella* viene. Todo en tí parece que siente su aleteo... Una luz nueva, que entra por tus ventanas, hace huir hacia los rincones esta sombra de melancolía que parece flotar sobre el aire de tus estancias...»

«¡Ah, caserón viejo! Más fuiste siempre nido de tristezas que de venturas; pero Dios á todo acude, y nunca olvidó mandar su rayo de sol á cada generación de las que te

habitaron. ¡Dichoso yo que llego á ver éste que hoy te alumbra! ¡Dichoso yo que miro volar hacia mi tejado esta golondrina!»

«¡Todos en la casa vieja la esperan con ansia; cada uno la dispone su ofrenda, y todos la de su alma...!»

«¿Qué lleva en aquellas manos la dulce niña, qué divinas semillas deja caer de su falda cogida, cuando corre por estos riscos, que así hace brotar á su paso agradecidos y amantes? ¿A qué alma montañesa, por ruda ó por oscura que fuere, no ha herido con sus amores?»

«¡Lo tristes que se pondrían todos en la casa, y fuera de ella, si un verano llegara sin *Golondrina!*... El invierno montañés, tan duro por acá arriba, concentra la vida afectiva y va plegando en nuestros espíritus, para que todas quepan, ansias y ternuras. Pues todo esto se nos pudría antes acá adentro por falta de empleo: era como un granero repleto, al cual nadie se llegaba nunca, del que nadie tenía necesidad. Ahora no; ahora lo guardamos para ofrecérselo á *ella*, como la tierra ofrece sus flores á Dios.»

«En todos ha impreso su huella; á todos les rozó el corazón con sus alas... Ninguno somos como éramos antes de conocerla. Ni el mismo cura, dicho sea con todo respeto, es el mismo de antes. ¿Si será bruja? ¡No, no es más que golondrina!...»

IX

El monólogo le interrumpió Rosuca, que atravesaba el gabinete de regreso de su faena.

Venía ahogando, por respeto al señorito, un salto que con muchísima necesidad la pedía el cuerpo. Quedó esto encomendado al inevitable *michino*, que hubo de dar tres, muy concertados y graciosos, con pretexto de cazar una hilacha sobre el zagalejo de la niña.

Pedro, al verla, compuso el rostro, que debía tener algo de simple como el de todos los que hablan solos, y la dijo:

—Oye tú, chiquilla. A ver si esta vez andas más viva que de costumbre.

—De cabeza sería yo capaz de andar por servir á la señorita.

—No es preciso tanto: bastará con que no te quedes embobada mirándola, como sueles hacer, sin ir á ayudarla, ni cogerle de la mano las cosas...

—Pero, señorito, ¿qué va á hacer una sino mirarla? ¡Si es tan guapa!

—¡Muy guapa!

A Pedro le pareció, en diciendo esto, que lo había dicho con demasiada efusión ¡como que lo había dicho con toda su alma! y quiso quitar alma, añadiendo:

—Bueno; pero eso no es una razón para que te aleles de esa manera.

—¡Si es que cuando me pongo á mirarla aquellos ojos se me olvida todo! ¿Usté ha reparao cómo la relumbran?... Y luego, otras veces, se le quedan como mortecíos... así, como tristes... pero más bonitos todavía; entonces paece que es... como si fuera por la tarde.

—Chiquilla ¿sabes que lo comparas bien? Antes no se te ocurrían esas cosas: yo creo que te va afinando la señorita Mercedes.

—De manera, señorito, que el que ande mucho á su lao y ná se le pegue de aquella finura, muy torpe tiene que ser. ¡Me ha enseñao más cosas!... ¿Usté no sabe cómo escribía yo antes?

—No; pero me lo figuro.

—Le digo que lo mataba. Pues me ha enseñao á poner unas cartas... ¿Y de labores? ¿Y de oraciones que ella tiene pá todo lo que ocurra? ¡Madre, lo que sabe!... ¿No se acuerda, señorito, cuando resultó que entendía de males más que el médico?

—Es verdad; bueno estuvo aquello—dijo Pedro, riendo al recordar el lance.

—Cuando estuvo malo el niñuco de la Elisa.

—Que sí, mujer; si fué muy gracioso.

—Don Robustiano, el pobre, no sabía por dónde se andaba, ni si iba por la miés ó por la carretera, hasta que la señorita Mercedes le dijo, dice: «Pero ¿usté no ha reparao que la calentura baja tóas las mañanas pero el pulso está igual por la mañana que por la tarde?» Mire qué cosa: parece ser que en eso estaba todo el aquél de acertar ó no con lo que se había de dar al enfermo.

—Y desde entonces—añadió el señorito—empezó á mejorar.

—Pero fué mejor ¡madre, qué risa! lo del boticario. ¿No se acuerda? Cuando le enseñó á hacer aquel jarabe pá la tos... Ná, señorito, que si ella se pone á rezar delante, lo hace mejor que el señor cura.

—¡Jesús, que desatino! Vaya, vete, vete á cumplir con tu obligación... Ya sabes que tienes que ponerte tu cuellecito bien planchado, tus puños...

—Ya, ya.

—Verdad es que lo que sea presumir...

—Ya sé yo que la señorita no va á tener á su lao un pingo de criada, con lo arreglada y lo guapa que ella es. Mire que es guapa ¿eh, señorito?... El señorito debía casarse con ella.

—¿Eh?... ¡Chiquilla! ¿Sabes que tiene razón Sinda, que esas son ya demasiadas libertades?... Ea, largo de aquí. Pues hombre...

—Señorito, no se enfade, que yo no lo hice á mal hacer... ¡Madre, como se puso!

Tomó la chiquilla el camino de la puerta, y, ya en el dintel, dijo volviéndose hacia Pedro:

—Pues me parece á mí que no era ningún disparate...

Pero echó á correr por si acaso lo era.

X

La Ritona no hacía nada bien el chocolate.

Se creía clásica porque sabía y practicaba lo de las tres *hervidas* que ha de llevar la poción, pero aquí terminaba su malicia en este punto, y era clásica al modo de algunos profesores de Humanidades, incapaces de penetrar la elegancia, por ejemplo, de Salustio, ó la sublime *bonhomie* de aquel tunante de Horacio.

Acaso la Ritona no *sentía* tampoco la cocina, como de la vieja Sinda había dicho su amo. Y eso que no puede negarse que en otros primores y atildamientos, que al antiguo fogón de los Rudagüeras trajera el paso de la *Golondrina*, la Ritona había en-

trado mejor y más pronto de lo que podía esperarse de sus años y de los que llevaba petrificada en los usos de la casa.

En el mal estilo de su chocolate nadie había reparado hasta que por primera vez hubieron de tomarle las forasteras. Pedro no lo probaba, pues había traído de sus viajes el relativo modernismo del café con leche por la mañana, y por la tarde bebía con el médico, que siempre llegaba á punto de descorcharla, una botella de cerveza. Solamente se hacía para el cura, y al cura debía gustarle aquella especie de cemento rojo, espesote y mal unido, pues nunca se le oyó quejarse de ello.

A la *Golondrina* le gustaba claro y muy batido, casi á la francesa, servido en tacita baja; en fin, como debe tomarle una golondrina. Ella misma había intentado hacer aprender el nuevo aire á la Ritona; más nunca acertó ésta á producir, y sobre todo á hacer duradero, aquel copete de espuma que alzaba la señorita, tan bien ligado que, á pesar de levantar más de un dedo sobre el borde de la taza, no se desparramaba jamás ni caía por fuera de ella.

Quien seguramente lo haría bien, en cuanto á ello se pusiese, sería Rosuca. Y, en efecto, Rosuca aprendió en un dos por tres, siendo enseguida propuesta por unanimidad para dirigir en adelante este negociado. La niña pálida adivinaba las cosas finas, y

en hacerlas ponía tal maña que no cabía sino pensar que había nacido para aquello.

Sólo funcionaba, sin embargo, como reina del molinillo durante el verano. Mientras él duraba y las andaluzas posaban en la casa montañesa, el señor cura se amoldaba á la innovación aquella, y cada tarde sorbía en silencio el contenido de su taza; pero en el seno de la amistad íntima, y en el abandono de las tertulias invernizas, había declarado que *aquello* parecía «el agua de lavar las jícaras.»

Esta tarde, la del día en que se recibió aviso de que venían las señoras, el buen Párroco llegó, como de costumbre á casa de Pedro, que aún andaba liado con sus servidores á encargos y prevenciones de todo género.

—Gran noticia, Don Marcelino.

—¿Para usted ó para mí?

—Para los dos.

—Pues venga la media satisfacción que me corresponde.

—¡Van á llegar!

—¿Las señoras de Cádiz?

—El viernes ó el sábado.

—Pues sí que es buena nueva. Ya se las echaba de menos... Vamos, siempre se las echa; pero más en esta época. Parece que son parte del verano, una de sus alegrías.

—¿Verdad que sí?.. ¡El chocolate para el señor cura!

010378

Esto lo dijo Pedro gritando junto á la puerta.

No tardó en venir con el chocolate Rosuca, y D. Marcelino comenzó á desocupar el pocillo con aquella lentitud y perezoso deleite con que nos despedimos de un ser querido. ¡Desde el próximo viernes, «agua de lavar las jícaras!»

—Mucho alegran la casa y hasta la aldea, amigo D. Pedro. Particularmente doña Mercedes... ¡Lástima que les guste aquel chocolate tan claro!

— Pero, D. Marcelino, eso es una ridiculez. ¿Por qué no ha de consentir usted en que se lo sigan haciendo como le gusta?

—Porque no. Aunque rudo y hombre del monte, algo se me alcanza de cortesía, y eso sería faltar á ella, pues mi gusto pudiera parecer una reprobación del de las damas.

—Es usted el clérigo más fino que he conocido.

—Como que se cuela por el ojo de una aguja—dijo, llegando de pronto, Robustiano de la Llamosa, médico titular del pueblo.

XI

Hacía bien Robustiano de la Llamosa en ser más cazador que médico, porque allí poco médico se necesitaba ser para curar á los vecinos, y, en cambio, era muy conveniente, hasta por razones de seguridad personal, ser buen cazador. No se hable ya de los lobos, con los cuales casi se había familiarizado el titular, de tanto verlos salir á pedirle «un centimito» cuando volvía tarde á casa, sino del propio oso, de aquel oso que si suele ser un sueño *tartarinesco* para los cazadores de un poco más abajo, allá arriba era una señora verdad, con pelo y todo.

En su persecución era Robustiano el compañero indispensable de Pedro, y am-